

Tras una temporada gris, algunos hechos de relevancia

Carlos Morales

La designación de los premios de teatro, que anualmente propicia el Ministerio de Cultura, constituye, no obstante los desgastes cíclicos de este tipo de regímenes laudatorios, una ceremonia llamativa y, extrañamente, de alguna expectación pública. En un país donde se suponía que sólo con interminables campeonatos de fútbol y la sempiterna campaña política, despertaban interés, no deja de ser curioso que este arte atraiga la atención del público y obligue a los medios de comunicación masiva a rendir plena cuenta de quiénes son los galardonados del año.

En otras áreas de la creación —la ciencia, el derecho o la investigación social, por ejemplo— las distinciones no despiertan tanto interés, ni causan mayor revuelo. En cambio, la tarde que íbamos a anunciar los premios teatrales de 1981, los periodistas se habían agolpado en el Ministerio de Cultura, querían un “adelanto” del veredicto y hasta alguna secretaria quiso mirar anticipadamente el fallo. —“Sos raro vos”—, me dijo dramáticamente, cuando le advertí que eso no se podía.

Nuestro pueblo es un adicto al teatro. En dimensiones distintas a la política y al fútbol, es cierto; pero es un amante del drama. Eso se ha podido comprobar en la tradición mantenida de estos premios, que fundó la Asociación de Autores en 1968, y sobre todo, en las oportunidades en que la actividad se ha puesto de cara al público: recordemos las antiquísimas jornadas del Teatro Moderno, las giras de la Compañía Nacional a provincias, las temporadas al aire libre (y bajo precio) en el Museo, en el Paraninfo y más recientemente en la Carpa.

Hay vena teatral en nuestro público, pero no siempre se ha explotado a conveniencia. Cuando el estímulo del Estado fue intenso, el llenazo y la respuesta se hicieron sentir, pero cuando sobreviene la decadencia, entonces el drama vuelve a su elitismo de salón. Se constriñe, se cercena.

Este 1981 no fue el mejor año ni mucho menos. Hubo más bien chispazos y relumbrones, todo en medio de un incentivo equivocado del gobierno a la producción espectacular, que dejó muy poco aporte a nuestra tradición, salvo el caluroso debate que produjeron “Carmen” y “Divinas palabras”.

Entre aquellos fulgores que la discusión apagaba, y procurando atrapar centellas entre el panorama grisáceo, los que componíamos este año el jurado, hicimos un gran esfuerzo para rescatar lo auténticamente valioso y disminuir, hasta la más mínima potencia, las injusticias en que suele incurrirse en estos casos.

Había dos premios que no despertaban duda. La gente ya los comentaba en la calle y el crítico Alberto Cañas hasta los había anunciado por la prensa. Los trabajos de Gladys Catania y de Gustavo Rojas, en “La señora

rita de Tacna” y “El hombre elefante” respectivamente, habían cimentado consenso para los laureles protagonistas.

El premio a la mejor dirección planteaba una disyuntiva engorrosa. Precisamente por esas dos puestas antes citadas, Carlos Catania y Alejandro Sieveking, aparecían como candidatos forzados. No muy lejos de ellos, aunque con un trabajo experimental y muy típico de la carpintería del Galpón, Amanecer Dotta igualmente se distinguía por su *mise en scène* del “Tartufo”. El jurado optó por Sieveking, y en verdad que entre los trabajos contemplados, cualquiera hubiese sido una buena escogencia.

En medio de una actividad poco intensa, que incluyó apenas tres montajes de la Compañía Nacional y un trabajo muy dudoso del Taller Nacional de Teatro así como de la obra promocional, la tarea impertérrita y de primer nivel que desplegó el Ángel para subsistir entre la batahola económica y mantener el respeto del público, significaba una punta de las escasas estrellas. Nunca podrá dejarse de reconocer el aporte sustancial que este grupo chileno-tico le ha brindado al movimiento escénico. Ya el hecho escénico de que sin presupuesto estatal no cierre ni una sola noche la sala, habla por sí mismo, y más para los entendidos lectores de esta revista especializada.

Los restantes galardones sí exigieron más discusión. Hubo trabajos apreciables en debutantes y en reparto, pero se trató de discernir con exigencia, con la máxima rigurosidad dentro de lo que cabe, —como dicen en España. De allí surgieron dos rubros desiertos: a la mejor actriz de reparto y al mejor actor debutante. En el primer caso, no hubo realmente ningún trabajo de soporte que significara la caracterización necesaria como para lucirse en el segundo plano, sin caer indefectiblemente en lo acartonado. En el segundo renglón, hubo algunos jóvenes que se subieron al entarimado por vez primera, pero ninguno ofrecía garantías de poseer la madera y la vocación para poder continuar arriba con excelencia.

En fin, los integrantes del jurado hicimos todo lo que fue posible para evitar que nos lincharan en la calle, y hasta la fecha, todavía eso no ha ocurrido. Sólo que, para evitar que me linchen a mí los dos colegas que firmaron el fallo, me apresuro a dar cuenta y me hago responsable exclusivo de lo que han sido estas líneas, hasta este punto que sigue.



⊙ FALLO DE LOS PREMIOS DE 1981 ⊙

7 de enero de 1982

• MEJOR ACTRIZ: _____

Gladys Catania, por la auténtica creación que contribuyó en el personaje Mamaé, de la obra “La señorita de Tacna”, de Mario Vargas Llosa (Compañía Nacional).

Haciendo gala de calidades técnicas ya conocidas, la actriz se sometió evidentemente a una disciplina laboriosa que le permitió encarnar con profundidad y patetismo, la personalidad cambiante de una anciana que es, al mismo tiempo, una grácil joven, y que no tiene, para pasar de un estado al otro, más que los recursos de su inspiración interpretativa. El trabajo exhaustivo y agotador, por ella demostrado, culminó con un amplio dominio escénico que arrobó a los espectadores y que constituye, sin duda, el mejor trabajo femenino del año.

• MEJOR ACTOR: _____

Se concede el premio a Gustavo Rojas, por su actuación en *El Hombre elefante*, de Bernard Pomerance (Teatro del Angel), oportunidad en que caracterizó el personaje John Merrick. El jurado valoró no sólo el esfuerzo profesional del actor, sino el esmero con que elaboró su personaje. En efecto, Rojas supo superar las dificultades propuestas por el autor con creatividad notable; no sólo remontó una caracterización fundamentalmente cinético-postural— en la que, por intención del autor, debía prescindirse del encubrimiento físico mediante máscara o maquillaje especial—, sino que halló un eficaz medio de otorgar al personaje un contenido profundamente humano, valiéndose de recursos de digna y estudiada mesura. Su John Merrick, equilibrado entre lo grotesco y la ternura, resultó convincente y atractivo.

• MEJOR ACTRIZ DE REPARTO: _____
Desierto.

• MEJOR ACTOR DE REPARTO: _____

Observando cualidades de caracterización que quizás anteriormente no fueron bien aprovechadas, el actor Víctor Rojas personificó un convincente y esperpéntico Ciego de Gondar, en "Divinas Palabras", que brilló con luz propia y se acopló plenamente al nivel de personajes más privilegiados por el texto. Seguro de su ubicación escénica y concediendo a su cuerpo e indumentaria los requisitos de la dimensión tragicómica que Valle Inclán le impuso, Víctor Rojas estuvo sobresaliente.

Al concederle el galardón, el jurado tuvo también en cuenta su magnífico despliegue cómico en el personaje Jorge Pristanda, de la obra "Una carta perdida", ofrecida también en esta temporada por la Compañía Nacional de Teatro.

• MEJOR ACTRIZ DEBUTANTE: _____

En opinión del jurado, se le concede el premio a la señorita Flor de María Umaña, por sus actuaciones en "Contigo, pan y cebolla" y "Comedia Negra" (Teatro Tiempo). En ambas intervenciones, la señorita Umaña demostró un "ángel" evidente, aptitudes naturales para la escena, una agradable presencia física que, unida a la actitud responsable hacia su trabajo y a una creciente madurez escénica, auguran para la joven actriz una carrera fructífera en las tablas costarricenses.

• MEJOR ACTOR DEBUTANTE: _____
Desierto.

• MEJOR DIRECTOR: _____

Dos montajes realizados durante la temporada, dieron muestras del talento de Alejandro Sieveking. El primero, sobre su propia obra "La mula del diablo" (o *la mantis religiosa*), mostró su capacidad para restaurar—transcribiendo los múltiples códigos del texto desde el ámbito original al costarricense— una concepción de la puesta realizada en Chile, adaptándola a la sensibilidad de un nuevo público. El segundo montaje que el jurado tuvo en cuenta, realizado sobre *El hombre elefante* de B. Pomerance, permitió apreciar la calidad del trabajo de Sieveking al lograr efectos patéticos—de simultánea carga humanística—, con una economía de recursos cuya eficacia dependió de una concepción rigurosa y sobria de la puesta. Al otorgarle el Premio por la mejor dirección, el jurado reconoce a A. Sieveking rasgos sobresalientes como el sabio aprovechamiento del espacio, la búsqueda



refinada de los matices de actuación y la marcación ágil y rítmicamente unida a la intención comunicativa de los textos.

• MEJOR GRUPO: _____

En líneas generales, puede afirmarse que la temporada teatral de 1981 careció de la prestancia, el entusiasmo y la calidad que han caracterizado al teatro costarricense en otros períodos; cierto es que las dificultades económicas que han afectado el desarrollo nacional también dificultaron los planes y proyectos de los diversos grupos teatrales del país. Justamente, considerando lo anterior, el jurado ha reconocido el espíritu profesional con que el Teatro del Angel mantuvo su producción en plena actividad. El grupo trabajó con unidad, constancia y logró el mayor número de montajes de la temporada. Así mismo, mostró su eficiencia en las puestas de la *Mula del diablo* y *El hombre elefante*, sus estrenos principales, tanto como en *Bodas de sangre* y *El médico a palos*, que constituyeron un aporte experimental, con marcado énfasis didáctico, para la difusión de la dramaturgia clásica. Por todo lo cual se le otorga el Premio al mejor grupo de 1981.

• MEJOR ESCENOGRAFIA: _____

Se le concede el premio a la señora Pilar Quirós, por la escenografía de la obra *Contigo, pan y cebolla*, el jurado tomó en cuenta el uso imaginativo que hizo la señora Quirós del espacio escénico, la ambientación en la que destacaron detalles de decorado que dieron realce a los aspectos satíricos de la obra, trasladaron con humorismo la acción al medio costarricense, e hicieron del trabajo escenográfico una experiencia estética en sí misma.

- Gastón Gaínza
- Andrés Sáenz
- Carlos Morales